



HENRI MASPERO Y EL PORVENIR DE LOS ESTUDIOS CHINOS

Paul Demiéville (1894-1979)

Extraído de la revista *T'oung pao*, XXXVII, 1947, pp. 16-42.

Al aceptar la condición de ser sucesor de Henri Maspero, quisiera expresar, en primer lugar, mi profunda gratitud a la Asamblea de profesores y a las altas autoridades que han tenido a bien juzgarme digno de tan grande honor. Creo que nada hay mejor que poder inaugurar este curso tratando de evocar la obra de un admirable sabio cuyo trágico destino ha roto prematuramente su carrera. La empresa es arriesgada, y temo no ser preciso para explicar lo que le era caro. Hace mucho tiempo que, al igual que sus ilustres predecesores en esta cátedra, Henri Maspero se había situado, tanto por sus investigaciones como por su enseñanza, a la cabeza de la sinología Occidental; sin embargo no dijo todo lo que tenía que decir, y la suma de conocimientos e ideas que se llevó con él habría cambiado en más de un aspecto la configuración definitiva de su obra: todos los trabajos que llevó a cabo durante varios años se orientaron hacia la elaboración de largas síntesis que habrían de suponer, a la postre, su consagración. Este trabajo inacabado demostraba, no obstante, una voluntad controlada de orden, y fue elaborado con tanta claridad que no parece difícil trazar sus líneas maestras. Este intento resulta tanto más importante por cuanto la labor de Henri Maspero es enciclopédica, por lo que el examen hará un recorrido casi completo por los estudios chinos. Por otra parte, la obra resulta tan novedosa y de tal actualidad científica que es posible extraer elementos de este programa e indicar ciertas perspectivas en torno al futuro de la sinología.

Se ha dicho que Gastón Maspero fue el último egiptólogo en abordar todo el conjunto de la disciplina. Sin lugar a dudas, esto mismo se puede decir de su hijo en el campo de la sinología. Se trata de un ánimo con una curiosidad universal, pero no a la manera italiana: es decir, una curiosidad universal pero mirando al pasado, puesto que su mente sigue siendo esencialmente la de un historiador. En ese sentido, no se le escapó absolutamente nada acerca de la antigua China. Es por ello que su trabajo se centra, con una precisión deliberada, en las lenguas y en las religiones indo-chinas y en la historia del pueblo de Annam.



Maspero no ignora, en efecto, un país donde había pasado trece años de su vida y en los que Francia ha contraído obligaciones. Annam le debe su historia de la lengua, que aclara los orígenes y las afinidades, el desarrollo de sus críticas a los principales momentos clave de su tradición histórica, la conservación de sus monumentos literarios y de sus archivos epigráficos y religiosos, metódicamente recogidos en virtud de su actividad en la biblioteca de la Escuela Francesa de Extremo Oriente. Se encuentra, por otra parte, muy atento a las realidades que vive con el fin de no centrarse exclusivamente en la observación e interpretación de aquellos intérpretes que habían estado antes en Indochina; los libros y la especulación de salón nunca le fueron suficientes. También se mezcló en los círculos indígenas, frecuentando casi diariamente los festivales de la temporada o de la comunidad que marcan y explican la vida de los agricultores tonkinois, y examinando ampliamente las costumbres sociales y religiosas de diversos pueblos del interior indo-chino. Él sabía, a su vez, aprovechar para sus investigaciones sinológicas la información de la que dispuso en Indochina: los materiales comparativos que había recogido no cesarán de servirle para elucidar problemas relativos a la cultura china de todo orden y de toda época, desde la sociología y la mitología de la antigüedad a la fonología de la Edad Media y las religiones modernas. Al respecto, una de las virtudes de Henri Maspero es haber introducido en los estudios extremo-orientales el método comparativo, tal y como Occidente los había constituido para el ámbito indo-europeo. Pero este método, concebido y aplicado siempre en función de la situación de China, y, sobre todo, desde su regreso de Tonkin, no le desvía de la sinología pura para beneficio de otras disciplinas vecinas, como lo habían hecho, en cierta medida, los maestros que le habían precedido en el Colegio de Francia. Es la propia China, en su interioridad, y también en toda su magnitud, lo que le retiene exclusivamente. Este programa, que le parecía bastante amplio, lo desarrolló, sin embargo, en profundidad.

No hay uno sólo de sus trabajos que no representen un progreso de valor general, cuidadosamente señalados por una breve y clara conclusión que resume los resultados alcanzados, mas tampoco existe un campo de la sinología donde no haya dejado huella. En primer lugar la lingüística que se presenta en China en condiciones especiales, dada la naturaleza de la escritura, que señala el semantema y no el fonema, no nos aporta sobre éste último nada más que una información teórica, algebraica si se puede decir, y siempre aproximativa. De ello se deduce que, para la historia de la lengua, es esencial



establecer en primer lugar la evolución material, es decir, volver a las viejas y sucesivas pronunciaciones de las palabras. El estudio de la historia de la fonética reviste también en el Lejano Oriente una importancia excepcional; requiere el uso de una técnica comparativa más compleja, y que las demostraciones que tengan a su alcance sean de naturaleza diversa y de una gestión delicada.

Es sobre el terreno, en Hanói, donde Maspero se dota de una formación lingüística para abordar la historia fonética de la lengua annamita. Este trabajo necesitaba la reconstrucción de la pronunciación china desde el siglo X hasta nuestra era, época en la que los annamitas la utilizaban para la lectura de los textos chinos, siendo el origen ulterior del sino-annamita. Maspero se encuentra impulsado a presentar un cuadro sistemático de la fonología china de la edad media, que hasta ahora había sido objeto de esporádicas investigaciones que reposaban sobre bases comparativas rudimentarias. Estas bases son ampliadas por Maspero en su trabajo sobre *El dialecto Tch'ang Ngan*, publicado en vísperas de su regreso a Francia en 1920 y que, su título lo sugiere, se centra en un ámbito más claramente definido: informó, por primera vez, de las distinciones dialectales en el chino antiguo. A través de la doble ventaja de poseer una más amplia documentación y establecer un desarrollo más estricto, Maspero obtuvo resultados que, combinados con los trabajos publicados en la misma época, pueden considerarse definitivos: los debates relativos a la fonología china de la época medieval, desde el siglo VII, no se centran sino en los detalles.

Maspero había participado en una amplia investigación sobre la pronunciación denominada arcaica, la que corresponde a la antigüedad y a los primeros siglos de la era cristiana. Hace veinte y cinco años que anunció un trabajo conjunto sobre este tema: este trabajo no se produjo, y Maspero acogió con reservas las restituciones propuestas para este período por otros especialistas. La imprecisión de los documentos propiamente chinos no satisfacían su exigencia, y debió de parecerle prematuro proseguir una investigación que comportaba la comparación con los materiales no chinos, mientras que los elementos de tal comparación presentaban todavía una aplicación insuficiente.

Es Maspero, ya lo he dicho, quien tiene el mérito de haber introducido el método comparativo en la lingüística de Asia oriental: su *Contribución al estudio del sistema fonético de las lenguas tai* marca una fecha en este punto de vista. Remontándose al ancestro común de una familia cuya idioma más cultivado es el *siamés*, ha sido, no obstante, capaz de reunir en las regiones de la Indochina francesa especímenes al



margen de cualquier influencia externa, señaló el camino a través del cual puede establecerse una distribución genealógica de las lenguas del Lejano Oriente, siempre que el tipo de estas lenguas no se opusiera a las demostraciones de esta naturaleza. Las lenguas *tai* divergen muy poco unas de otras y se prestan mejor que otras a la comparación. Este aspecto es mucho más difícil de decir entre las lenguas tibetanas o birmanas, otra familia tipológicamente emparentada con el chino. Maspero no cesa de recordar a los amantes de asociar palabras chinas y palabras tibetanas o birmanas, la importancia de restituir el tibetano y el birmano antiguos, con el fin de compararlos y dar lugar, así, a un retorno de una lengua Tibeto-birmana común, susceptible de ser relacionada con el fruto del chino antiguo. Pero la comparación interna de las lenguas Tibeto-birmanas apenas se ha iniciado: he aquí una tarea urgente para los investigadores del mañana.

Entretanto, Maspero juzga oportuno no impulsar a fondo el estudio del chino arcaico. En ese sentido sólo nos aporta, sobre este período del idioma chino, un ensayo que se centra, no en fonología propiamente dicha, sino - la elección es importante - en estos procesos de derivación o, más exactamente, de variación léxica en virtud de los cuales los elementos del vocabulario chino se agrupan en familias de palabras. Estos procesos no constituyen, de igual modo que el estado de las huellas, una flexión gramatical a la manera indo-europea; pero su importancia ha sido durante mucho tiempo ignorada, ya que la escritura lo ocultaba, pese a ser considerable, al menos para el aprendizaje práctico del léxico. Desde un punto de vista teórico, es una grave violación del principio de invariabilidad de la palabras chinas, y puede que una revisión sistemática de estos cambios permita volver a las categorías regulares y reconstituir así, en la prehistoria del chino y en las lenguas vecinas donde este fenómeno se encuentra un poco mejor conservado, una suerte de morfología que finalmente consolide la comparación genealógica.

Tan remoto que llega al pasado de la lengua china, ésta se nos presenta como parte de un tipo especial, común en la mayor parte de Asia oriental y que ha cambiado poco a lo largo de los siglos. Muy simple en su material y en sus recursos funcionales, permiten reflejar una base inmemorial, aunque se presta a elaboraciones más académicas. La lengua china ha devenido bajo el pincel de un gran pueblo un incomparable instrumento de civilización, y ofrece a la lingüística general una gran cantidad de datos tanto más instructivos por cuanto que sus rasgos originales se oponen



fuertemente a las lenguas europeas sobre las que se ha construido la moderna ciencia del lenguaje. El análisis tipológico y sincrónico atrae a Maspero al mismo tiempo que se va desviando del estudio histórico de las pronunciaciones. Gracias a él, la sinología participa en este movimiento de reacción contra el historicismo excesivamente exclusivo, que se diseña hoy tanto en la lingüística como en otras ramas de la ciencia: reacción particularmente justificada en China, donde la erudición indígena no ha cultivado en ese dominio más que la fonética histórica, junto con la etimología y un poco de estilística. Maspero se ha centrado en varias ocasiones en examinar el sistema estructural del idioma chino, señalando la influencia de los medios de expresión sobre las formas de pensamiento y razonamiento, renovando también, a partir de la comparación con otros idiomas del mismo tipo, la explicación de los estados de la lengua tales como el griego hablado moderno, cuya descripción resueltamente sincrónica no hace necesario, en ocasiones, utilizar el pasado histórico para iluminar el presente.

Con su presciencia a la hora de plantear problemas, ha recogido desde el comienzo de su carrera, sobre la antigua lengua hablada, un conjunto de materiales que sigue siendo casi todo lo que poseemos sobre la historia del chino vulgar. Es debido a algún tipo de aberración como en la propia China, así como en la sinología occidental, los especialistas parecen haber hecho caso omiso de una investigación que determina en muchos aspectos, no sólo la enseñanza de idioma, sino también la comprensión de sus monumentos literarios: pues, como lo ha observado Maspero, ¿cómo apreciar realmente la literatura china sin saber en qué punto la gente habló un idioma distinto del que escribía?. Gracias al examen de los documentos iniciado por Maspero podemos comprender la lengua vernácula de la Edad Media y discernir la forma en que difería de la lengua literaria. En la antigüedad, el inicio es infinitamente más difícil de esclarecer y no somos capaces de reconocer si las diferencias gramaticales que se encontraron entre los distintos textos de Tcheou son orden estilístico, como pensaba Maspero, o de orden positivamente dialectal como otros científicos plantean, y si el idioma de estos textos se ha hablado alguna vez o en qué medida partió de la lengua hablada.

Aunque las preguntas formuladas por la dialectología antigua, sin duda, tardarán en ser resueltas, se trata, por el contrario, de un área donde los resultados prometen ser inmediatos y de una gran abundancia: los dialectos contemporáneos. Aún no se ha abordado en sinología el estudio de los dialectos locales, poco o nada de gramática de



acuerdo con las necesidades básicas de la fonética comparada, ni sobre el léxico, y no hay trabajo o detalle sobre la geografía lingüística, ni sobre los contactos interdialectales, ni sobre la gran variedad de matices de los diversos estados del lenguaje y sobre sus relaciones más complejas en el interior de un habla local. En fonética, se ha constatado que las pronunciaciones dialectales actuales son todas diferentes, pero es posible explicarlas a partir de un solo prototipo, esto es, a partir de la pronunciación de la metrópolis imperial, tal y como había sido fijada como norma oficial a principios de Siglo VII d. C., durante una de esas fases de recuperación de la unidad política y de la centralización que se produjeron periódicamente a lo largo de la historia de China. Se ha concluido que los dialectos modernos derivan de la lengua hablada en la capital bajo los *T'ang*, lengua que luego se extendería por todo el territorio de China y que habría suplantado a las hablas locales, del mismo modo en que en Grecia las lenguas actuales surgen de la *koiné* helenística y no de los dialectos antiguos. Esta inferencia se basa en una concepción estrechamente fonética de los dialectos. Este aspecto, en los dialectos modernos, derivados de la norma común promulgada en el siglo VIII, no es en realidad sino la pronunciación de palabras escritas, recogidas sin tener en cuenta las desviaciones semánticas que soportan las palabras literarias en los dialectos locales, ni las particularidades gramaticales específicas de estos dialectos, ni, sobre todo, las pronunciaciones vulgares que coexisten, en muchas de ellas, con las pronunciaciones de lectura que sólo se emplean en la conversación; hay dialectos donde se distinguen tres pronunciaciones, que corresponden a entornos específicos o a distintos usos. Este ejemplo muestra cómo la dialectología china es todavía deficiente; también hay un vacío a llenar, pero será necesario investigar a fondo sobre el terreno, como lo hizo Maspero en Annam.

Es a partir de su regreso a Francia, y de su instalación en esta cátedra, cuando Maspero se entrega a lo que será su estudio predilecto, la historia de China. Una vez más aplicó los comentarios que había recogido en Indochina, entre las poblaciones atrasadas de las regiones montañosas; estos datos ayudaron a reconstruir las primitivas etapas de la civilización china, los mitos y las religiones, las instituciones sociales y las condiciones económicas. Preso de una precisión minuciosa, se dispuso con placer a revivir el pasado confrontándolo con sus expresiones actuales: método fructífero para el Lejano Oriente, donde subsisten de costa a costa, como una estratigrafía a cielo abierto, los estado sucesivos de una cultura que tuvo que ser común en la antigüedad remota



para los chinos y para los antepasados de estas poblaciones del Sudoeste de China, de las que Maspero había encontrado restos apenas evolucionados. Estudió en profundidad, durante una docena de años, las pequeñas sociedades *tai* asentadas en los confines de Tonkin, Annam y Laos; planteó de manera tan sugestiva analogías con la China primitiva que uno de sus deseos, expresado con frecuencia y que me importa recoger aquí, era que el informe fuera extendido a las sociedades del mismo género, Lo-lo, Mo-so, Miao-Tseu, residentes en el territorio chino y mucho menos accesibles a la investigación occidental.

Este método mantiene el resto de su valor, incluso en el estudio interno de la propia China, donde el conservadurismo de las instituciones y costumbres proporcionan al historiador más de una actualidad instructiva. Cuando la incertidumbre de la cronología antigua condujo a Maspero a hacerse astrónomo, a fin de rectificar con su competencia filológica extrapolaciones de los expertos y restablecer en su contexto histórico el desarrollo de la astronomía china y de los instrumentos materiales que la condicionaron, comenzó por los datos más recientes para remontar en seguida el curso de los siglos. Es lamentable que la historia moderna de China haya sido abandonada justo aquí en Occidente, por la mayoría de los tutores que carecen de formación sinológica. En este punto los sinólogos encontrarían provecho.

Pero la historia al contrario no fue el resultado de Maspero, y es el origen lo que en primer lugar acomete. También exploró las leyendas que conforman los inicios de la tradición indígena, este conjunto de narrativas y temas mitológicos que, desde las generaciones de estudiosos nutridos de moralismo político, se ha logrado convertir en historia ejemplar por medio de uno de las más notables operaciones de transposición evemerista de las que la humanidad pueda jactarse: la alta antigüedad china llegó a ser modificada por una distorsión que se impuso a toda la posteridad. La crítica había sido iniciada en Francia por Edouard Chavannes, pero con Maspero se tornó radical y perentoria. Para identificar los mitos tras la pseudo-historia, la mitología *tai* proporciona valiosas comprobaciones: en tanto que la comparación de las lenguas resultan ingratas en el Lejano Oriente, mientras que las mitologías disfrutan de unas circunstancias extraordinariamente favorables. Gracias a las investigaciones de Maspero y las que realizó en paralelo, pero en otro nivel y por otros métodos, este poderoso inventor que fue Marcel Granet, podemos decir que la historia de origen chino está ahora limpia de lo que Maspero denominaba fantasmas que la estorbaban.



Han sido aplicados a China los procesos que han sido establecidos entre nosotros para el análisis de las antigüedades en el mundo occidental. Ellos sabían que permaneciendo en sus posiciones occidentales, adoptaban una actitud a la vez auténtica y, en última instancia, beneficiosa para la propia China, donde la nueva filología trabaja en el mismo sentido. Maspero nunca vaciló en someter los documentos chinos a una crítica incisiva y severa, que domina toda su obra y constituye uno de los rasgos más característicos. Desde esa libertad, este espíritu agudo escruta los secretos de una civilización a la vez muy cerrada y por tanto muy humana, que únicamente se entrega a una investigación sin prejuicios.

Maspero fue siempre incapaz de contentarse con palabras. Él odiaba la afectación, y escribió con tal moderación que la novedad de sus puntos de vista a veces escapaba a los lectores no iniciados: ¿cómo habrían descubierto, detrás de tal afirmación, en apariencia banal y la más natural del mundo, la audacia de un pensamiento perpetuamente original donde la riqueza de una documentación sacada directamente de las fuentes, aunque no se dignó en señalar ninguna nota? Sin duda, en parte, al intercambio de los filósofos chinos Maspero debía ser reservado y estar preparado en la distinción en sus escritos, lo que le proporcionaba encanto a su persona pero también una defensa. Tal discreción perjudicaría el público, en su libro sobre *La China Antigua*, donde presentó un resumen de los orígenes y la historia de la antigua China. La presentación termina a finales del tercer siglo pre-cristiano, fecha crucial que marca en la historia de China una ruptura de igual importancia que la imperialización, más o menos contemporánea, del mundo Mediterráneo bajo la égida de Macedonia y de Roma. Más de una tradición se encuentra entonces destrozada. Lo que sobrevive en la literatura antigua cayó en manos de los nuevos exégetas, que no se contienen en retocar los textos de acuerdo con el espíritu de su tiempo. El libro de Maspero también está lleno, a diferencia de su costumbre habitual, de un comentario que se extiende casi perpetuamente en la parte inferior de las páginas, procediendo a medir la crítica de sus fuentes: por encima de esta base continúa edificando la parte constructiva de su obra, rica en armonías nuevas. *La antigua China* debía tener los siguientes volúmenes consagrados a los primeros siglos de la era imperial. La mayoría de las publicaciones posteriores de Maspero se refieren a la preparación de este orden: veinte años de limpieza para poder en pie un compendio de algunos pocos siglos de la historia de China, hasta el siglo sexto de nuestra era: esta es una lección para los generalistas, y un



motivo de amargo pesar para nosotros que nos encontramos frustrados con tal instrumento de trabajo.

Su investigación sobre la alta Edad Media china no impidió que continuara centrándose en el período antiguo, al que regresó en varias ocasiones, ansioso de completar o corregir su labor anterior a la luz de nuevos descubrimientos, explotando en particular dos disciplinas que, después de la publicación de *La China Antigua*, no habían recibido todavía el desarrollo que se ha hecho desde entonces con respecto a la alta antigüedad: me refiero a la arqueología y la epigrafía.

La excavación arqueológica es muy reciente en China. El respeto a las tumbas ancestrales y las creencias que se atribuyen al suelo, considerado como sagrado, fueron opuestas desde hace mucho tiempo a la violación de los depósitos subterráneos, allí sólo sacaban ventaja los saqueadores. Ha sido necesario el descubrimiento, hace unos veinte años, del Pitecántropos de Pekín, que data de fines del segundo milenio antes de la era cristiana, lo que provocó que los campos de excavación se abrieran formalmente en varias partes del norte de China. Maspero siguió de cerca la labor de los arqueólogos chinos, pero sin participar en ello. Sus contribuciones a la arqueología son de otro orden: llevan la marca del historiador. Él había comenzado poco antes de la guerra de 1914, la exploración de una región de Tchö Kiang, donde los vestigios del pasado no se han librado del proceso de insurgencia T'ai-p'ing, este episodio tan curioso de la historia moderna de China, que debería estudiarse en profundidad como una especie de movimiento popular y religioso y como pródromo de la era actual. De un campo devastado Maspero logró sacar una valiosa cosecha arqueológica, gracias al uso exhaustivo de fuentes de información indígenas y de monografías locales que son en china el vademécum del viajero y deberían ser imitados en otros lugares. Más tarde, a la luz de las colecciones europeas o reproducciones en las publicaciones de Extremo-Oriente, que se dedican a interpretar los textos relativos a la vida material de la época de los Han, reconstituirá, en particular, el tipo de casa antigua. Esta tendencia que le llevó a ser cada vez más estricto no deja de ser todavía más acusado al final de su carrera, y lo hemos visto, en el curso de la última comunicación que él hizo a la Sociedad Asiática, partir de comentarios sobre el trabajo de la azada, de la manera en que se practica en la antigua China, hasta alcanzar las más altas consideraciones de orden social y literaria.

Pero es sobre todo la epigrafía antigua lo que mantiene su atención durante sus últimos años. Él se afanó por encontrar una pista virgen para la sinología occidental. Las



recientes excavaciones permiten remontar a la paleografía china varios siglos, proporcionando textos grabados sobre huesos o conchas de la época de los Chang, en la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo. Estos datos han facilitado o activado el Trabajo de autenticación, la clasificación cronológica y el desciframiento de las inscripciones en bronce Tcheou, que cubren la mayor parte del último milenio pre-cristiano. Es en este punto donde Maspero hizo un llamamiento a extraer los datos relativos a la historia económica y judicial de la dinastía Tcheou, específicamente los contratos que ilustran el procedimiento civil y el sistema de la propiedad de la tierra: materias sobre las que la literatura tradicional, tan pobre en realidad, no tiene casi nada que enseñarnos. La historia fue considerada en China como un 'espejo' de construcción de la posteridad: igualmente nunca se ha valorado en este país, en el que se ha mostrado, por tanto, tanto respeto por todo lo que se encuentra escrito, la conservación de los documentos de un género que se considera desprovisto de valor instructivo. Agravado por un gran descubrimiento chino, el de la imprenta, que desde el comienzo de este milenio, suplanta totalmente a la tradición manuscrita, esa actitud no era propicia para el desarrollo de una concepción científica de la historia. Eso es lo que da importancia a los archivos manuscritos descubiertos, durante el último medio siglo, ya sea en Touen houang por Paul Pelliot y otros, ya sea en las arenas de Asia central, donde Aurel Stein hace uso de estas hojas venerables para descifrar a lo que Maspero se ha consagrado, después de Chavannes, los siguientes años de trabajo. Los manuscritos de Asia Central se refieren a los primeros siglos de nuestra era, los de Touen houang se remontan hasta el año 1000 y el contenido es muy variado. Respecto al periodo antiguo, las inscripciones ofrecen menos recursos: oráculos adivinatorios, consagraciones rituales, actos legales o administrativos, eso es todo lo que se nos da para completar la información de orden positivo para que una cuidadosa investigación tenga éxito en detectar los textos clásicos. Maspero poseía una formación jurídica, de la que había echado mano, desde sus comienzos, para este tipo de investigación, volviendo durante una estancia en Egipto a la organización financiera de la regla fiscal de los Ptolomeos. Él supo cómo extraer de las inscripciones antiguas los elementos del régimen feudal chino, considerado desde el punto de vista económico; en un trabajo posterior, esbozará la evolución de la estructura de la propiedad de la tierra en China, desde los orígenes hasta hoy en día, y un prefacio que se le pidió para una obra de la historia moderna le ofrece la oportunidad, una vez más, de poner de relieve la importancia de los factores



económicos, demasiado descuidados en este libro, explicando una de las mutaciones que se dan en la historia política de China, la caída en el siglo XVII, de la casa de los Ming y el advenimiento de los Manchús. Este trabajo es casi el único en su género en la sinología occidental. Incluso en el Lejano Oriente es, ante todo, al examen de la evolución contemporánea a la que hasta la fecha se consagran los jóvenes economistas formados en la Escuela de las Américas, así como sus maestros americanos, a los cuales la sinología debe en este dominio muchas notables contribuciones: una vez más, debemos tener en cuenta el pasado.

Los progresos de la arqueología a través de excavaciones controladas, la aplicación de las inscripciones antiguas y medievales, los manuscritos de Asia central y Touen houang, se inscriben en el programa de la sinología del mañana. Es todavía en estos tres puntos donde se ha abordado principalmente el esfuerzo de la brillante escuela de eruditos chinos cuyo trabajo se está desarrollando con éxito aún cuando la tragedia nacional llegó a suspenderlo temporalmente: se espera que este esfuerzo pueda ser continuado en China en condiciones propicias, y que la ciencia occidental tome parte activa; Maspero ha allanado el camino.

Esta inteligencia tan abierta tenía la virtud de reconocer el sentido de los grandes problemas humanos a fin de que, en el retrato que nos ha dejado de China, los rasgos religiosos no se encontrasen muy acusados. Por otro lado, se ha dicho que los chinos no tenían religión: todo el trabajo de Maspero desmiente esta afirmación. ¿Puede ser que esta afirmación se base en una concepción estrecha de lo que se entiende por religión?. Desde la controversia de Ritos, hay un debate en Europa sobre las definiciones que se le pueda dar a este término en sus aplicaciones a China: no pueden hallarse soluciones factibles más que desde un punto de vista estrictamente religioso. En otro plano, no hace falta decir que Maspero se sitúa en el estudio de las religiones de China, pero tenía un sentimiento demasiado fino y demasiado lúcido en torno a los valores religiosos (¿no contaba con Benjamin Constant entre sus antepasados?) para no tratar de penetrar en el interior de las diversas actitudes que los chinos han adoptado, ya sea simultánea o sucesivamente, respecto a estas cuestiones vitales.

La religión de la antigua China, cuya visión fue vivificada por los comentarios que había hecho en Indochina, le pareció como un sistema cerrado y colectivo y, que se centra en la familia y en el grupo territorial, en el culto al ancestro y sobre el terreno, territorio divinizado por la comunidad humana y alojamiento de sus muertos. Aquí es



donde Maspero vio el núcleo de la religiosidad china, siempre se mantuvo intacta en el marco de diferentes elementos que se agregaron progresivamente a medida en que China, contrariamente a lo que ocurrió con nosotros, no sofocó el paganismo de la antigüedad con nuevas tendencias, de carácter, al mismo tiempo, universalistas e individualistas, a las que tuvo que superponerse en el curso de los siglos.

Fue en ese momento llamado de los Principados Combatientes, en la convulsión que anunciaba, durante el cuarto y el tercer siglo a. C, el colapso del viejo federalismo feudal, cuando estas tendencias comienzan a afirmarse: época de intensa fermentación religiosa y filosófica, donde florecieron las escuelas y los profesores dedicados a las controversias y que nos dio algunas de las más grandes obras de literatura china. De este modo, florece entre ellos una escuela mística gnóstica que será ilustrada por prestigiosos escritores posteriormente considerados taoístas. En un estudio consagrado a Lao Tseu y Tchouang Tseu, Maspero asigna a estos dos pensadores un lugar en la vanguardia de la mística universal. A aquellos que tratan de China en esta civilización, para nosotros la más lejana y la más aislada durante mucho tiempo, las promesas de identidad y de comunidad entre los hombres, no hay, de hecho, estudio más rentable que el misticismo; a veces se tiene la sensación, hojeando a Plotino o Fénelon desde el enfoque de determinados textos chinos, de ver cómo se superponen a las palabras griegas o francesas los caracteres chinos que acabamos de leer.

La vena mística siempre debió permanecer viva en China, con una cierta tendencia a la anarquía libertaria y a la voluntad violenta sobre el plan social y político. Pero en el imperio totalitario creado por la Ts'in y Han, este orden de ideas descendió a las capas subterráneas, donde no debería resurgir a pleno día de la historia y de la literatura más que después de un período bastante prolongado. Hasta alrededor del año 200 de nuestra era, sobre todo bajo el reinado de los Han, los romanos de Asia, esta fue la doctrina de las letras, lo que llamamos el confucianismo, que se erigirá en ortodoxia y se impuso aparentemente por un sistema rígido de la educación formal. Es el tiempo de este mandarinato basado en exámenes cuyas consecuencias, buenas o malas, debían regir todo el futuro político y lingüístico de China.

En cuanto al estudio de este momento en respuesta a su *China Antigua*, Maspero encuentra nuevas dificultades. Si, a partir de los Han, los documentos son más numerosos y menos propensos a ser poco fiables, la exploración científica fue, en contra, menos avanzada, y queda por localizar las grandes perspectivas. Pero es en materia de



religión donde Maspero se encontró ante una especie de vacío que tenía que parecer intolerable a un científico tan concienciado de la importancia de factores religiosos en el desarrollo de las sociedades humanas. Se dio cuenta entonces del valor capital de una fuente de información que se había descuidado hasta ese momento: encuentra en los comentarios de libros clásicos lo que habían expresado sobre los Han las doctrinas religiosas filosofía del confucianismo. Del mismo modo que el pensamiento cristiano puede ser considerado como una exégesis de escrituras, también en China, pero de manera aún más literal, no sólo sobre los Han, sino también fuera del confucianismo, es sobre la forma de la interpretación de la tradición y, materialmente, sobre las críticas desarrolladas de forma más o menos arbitraria sobre los textos canónicos, en los que se presenta en gran medida la evolución viva y creadora de ideas y creencias.

Maspero dio un ejemplo en el estudio de la primera historia de la antigua china que había alcanzado, el *Tso tchouan* o *Tradición de Tso*. Como su título indica, este libro pretende representar la exégesis tradicional que se utilizó en una de las escuelas donde se transmitía y se explica uno de los textos bajo la autoridad de Confucio, la *Primavera y el Otoño* (*Tchouen ts 'ieou*), anales del señorío Lou de cuyo santo era originario. Al analizar las fuentes de la *Tradición de Tso*, Maspero puso de manifiesto cómo este libro, que finalmente pasa al rango de escritura de autoridad, está conectado con el hecho parcial y artificial en *La primavera y el otoño* y cómo, por otra parte, los virulentos debates que han seguido afectando a China, después de una docena de siglos, en torno a su autenticidad y sus orígenes, no ha inspirado una investigación objetiva, de orden histórico o filológico, sino un estudio que contiene preocupaciones estrictamente religiosas. Como se preveía, el confucianismo revive ante nuestros ojos y los comentarios clásicos, considerados únicamente en la medida en que nos llevan a conocer a los clásicos, los testigos de las concepciones de sus autores y su tiempo se nos aparecen como documentos de primer orden que deberán en adelante retener la atención de los historiadores de pensamiento en China. ¿Los clásicos mismos no ganarán en estar así divorciados de la tradición?

Es especialmente en otras religiones de China, el Taoísmo, donde Maspero realizó una obra muy original. Sabemos cómo la doctrina del Tao, modo de vida elevado a la altura de un principio metafísico, dio su nombre desde los primeros siglos de nuestra era a una secta que, bajo el impulso del budismo, se organizó en una iglesia, con un clero, un culto, ritos, y sobre todo, con prácticas de orden a la vez físicas y



psíquicas, y cuyo objetivo era garantizar la inmortalidad concebida de la forma más realista como una reliquia del cuerpo físico. Hubo un complejo de chino de ingenua aspiración a la salvación, de irreverencia tanto irónica como prudente con respecto a un panteón de dioses copia del mandarinato de este mundo, por último, de técnicas inmemoriales donde no sabemos lo que prevalece, la ingeniosidad empírica o la absurdidad de las teorías: todo aquello representa, según Maspero, "la solución específicamente china de los principales problemas de moral y metafísica religiosos que, por todos los países, han agitado el espíritu de los hombres cuando las viejas religiones sociales primitivas habían dejado lo suficiente y se sintió la necesidad de religiones personales". La gran época del Taoísmo se encuentra en la Alta Edad Media, entre el tercer y sexto siglo d. C, antes de ser socavado por el budismo, en el que finalmente se reabsorbió, no sin haberle, previamente, impregnado su influencia indeleble. La decadencia del Taoísmo es ahora muy avanzada y cuando Maspero se aventura a escrutar la masa indigesta de las escrituras taoístas, muy raras en sus antiguas ediciones, pero recientemente reeditadas en China, tuvo que llevar a cabo un desciframiento terminológico de estos textos cuya técnica léxica ya no se entendía. De este largo y difícil trabajo extrajo únicamente materia para artículos demasiado cortos. ¿Se podía esperar de él una verdadera resurrección de esta religión, una de las más intrigantes del mundo, y cuánto revela la mentalidad china! Maspero fue el único hombre vivo, tanto en Asia y Europa, que ha explorado metódicamente la historia y las técnicas taoístas, al precio de un esfuerzo perseguido con persistencia durante un cuarto de siglo: no es hasta después 1921, cuando al menos uno de sus cursos en esta cátedra se dedicó al Taoísmo. Él desapareció en el momento en que la fecunda madurez había vencido la resistencia de los enigmas y escrúpulos que le habían retenido de publicar sus investigaciones. Eso es lo que la ciencia ha perdido en Buchenwald.

Desde su introducción en China alrededor del comienzo de la era cristiana, el budismo se ha vinculado tan estrechamente a Taoísmo que Maspero no podía hacer caso omiso de ello. La sinología Europea desde hace mucho tiempo ha proporcionado, en el estudio del budismo, información sobre esta religión que la India ha negado haber dado al universo, la cual puede ser extraída de las traducciones chinas de textos en sánscrito perdidos, o testimonios recogidos en los lugares sagrados de los peregrinos chinos. Así, Maspero podría escribir hace unos años que todo queda por hacer sobre el budismo chino. El entendía por esta forma propiamente china que ha revestido al budismo



durante su difusión en China, los desarrollos que él recibió, el papel que desempeñó en la historia del pensamiento y de la cultura chinas. ¿Imaginamos una historia de la religión cristiana donde se tenga en cuenta las fuentes de latín que, en función del cristianismo helenístico, o incluso judíos? El ejemplo es forzado: es necesario remarcar la insuficiencia de la información sobre budismo hasta ahora presentada al público de Occidente.

Sobre los orígenes del budismo chino, Maspero desempeña primero su habitual trabajo de ejecutor de fantasmas, devolviendo a la leyenda las tradiciones admitidas. A continuación, pasando a los datos positivos, fue capaz de demostrar a través de pruebas claras, recogidas durante sus investigaciones sobre el Taoísmo, la forma en que se fue en los círculos taoístas donde el budismo se implanta por primera vez. Hay pruebas anteriores del final del siglo 1 d. C, y durante varios siglos de que esto debe ser casi exclusivamente en estos ambientes donde se reclutarán en China los adeptos de la Verdadera Ley. Esto es uno de los aspectos en los que Taoísmo había preparado al Budismo un terreno congénito: la misma aspiración para la salvación personal concebido como una liberación de la persona, el mismo papel fundamental de la mística, de la misma especie impersonal y vinculada, tanto en China como en la India, las técnicas de orden fisiológico, la misma superestructura metafísica de sed de lo absoluto ya que, en el budismo del Gran vehículo, había vencido la resistencia del relativismo del Pequeña Vehículo y, por último, el mismo propósito de no matar lo relativo por lo absoluto, sino más bien a fortalecer uno por uno: de donde surge una preocupación constante para neutralizar los opuestos. Sin embargo, detrás de estos rasgos que emparentan espiritualmente China y la India y que les distancian, en el plano religioso, del occidente semítico y europeo, no faltan las incompatibilidades. Para los chinos, la vida prima, la realidad suprema es, a sus ojos, el cambio creativo, y su sensibilidad es constitucionalmente demasiado vibrante en lo concreto para que pudieran cumplir con el quietismo indio y la oscuridad dialéctica del budismo. Sin embargo, hubo puntos comunes por los que, entre el budismo y el taoísmo, se estableció una especie de ósmosis que, en el vocabulario técnico en particular, a menudo hace que sea difícil distinguir entre lo que proviene de uno y lo que se toma prestado de otro.

Esto puede observarse especialmente en los escritos de las notables escuelas filosóficas que se desarrollaron sobre los Tres Reinos y las Seis Dinastías, entre el tercer y sexto siglo d. C, época turbulenta y fecunda donde debía germinar más de una



doctrina conocida en el futuro. Por lo tanto, se manifiesta esta predilección por el compromiso y el sincretismo que determina la orientación del pensamiento chino en sus últimas etapas, y que explica la continuidad de las instituciones políticas chinas. Cuando con el budismo se encontró frente a otra gran civilización, la civilización china sobre la que se ha dicho que era hermética y estática sería capaz de un esfuerzo por asimilar sin paralelo en la historia del mundo. La civilización antigua, en Occidente, no ha sobrevivido al cristianismo; en China es el budismo quien ha sucumbido, pero en condiciones particulares. En la época de los T'ang, desde el siglo VII al IX, el budismo domina toda la producción filosófica china, y cuando se recorre los trabajos de Hiuan-Tsang, más conocido en Europa como un viajero e historiador que por su aspecto de traductor y exégeta de los principales tratados de la escolástica sánscrita, sigue habiendo confusión por la inmensidad de su obra, por la velocidad con la que fue realizada, de la exactitud y la penetración que ha demostrado en la interpretación de la más abstracta de las lenguas indoeuropeas y de los sistemas de pensamiento más sutiles a los que la India, madre de dogmas y misterios, ha dado a luz en su gloria. Si China ha buscado entonces en el mundo exterior que ofrece, sin duda, en ese momento, lo más brillante en el orden del pensamiento, ¿cómo dar la razón a todos los que, en nuestros días, la juzgan incapaz de asimilar las ciencias y las tecnologías de Occidente? Y si se alega que el espíritu científico ha fracasado en el pasado, se puede responder que antes de Hiuan Tsang la especulación abstracta no había sido el punto fuerte de los filósofos chinos.

Sin embargo, es en la adaptación a sus necesidades y a sus habilidades cómo se apropiará de los principios útiles de la civilización moderna, como lo hace ya con tanta energía y eficacia. China es lenta para absorber sus empréstitos; no obstante, la absorción es profunda y total. Al final de la era de los T'ang, el confucianismo había sido irremediablemente influenciado por el budismo. Lo que se llama el neo-confucianismo de los Song, la escuela de Tchou Hi, que se formó desde el siglo XI y debió de aportar durante toda la época moderna su ortodoxia oficial, nos parece cada vez más una síntesis doctrinal donde la contribución budista, transparente en la terminología, desempeña un papel aún más importante de lo que se reconoce: "Es la misma profundidad de la influencia budista lo que la enmascara", escribió Maspero. Estas delicadas reacciones de defensa son familiares en el Lejano Oriente. Si el budismo y el taoísmo parecen, en los tiempos modernos, ser efectivamente improductivos en China es porque, a partir de Tchou Hi cuando el confucianismo había asimilado los



elementos vivos hasta el punto de impulsar su desarrollo, sin que hayamos sido conscientes de su heterogeneidad. Maspero también lo vio con razón en la religión popular actual, sobre la que se ha centrado con tanta comprensión, ya sea durante sus estancias en el interior de China, incluyendo Tchö Kiang y Kiang-sou, o al final de la otra guerra, cuando sus funciones militares le ponen en contacto con los trabajadores chinos, en los que no se muestra una yuxtaposición absurda e inhumana de las "tres religiones" de China, el confucianismo, el taoísmo y el budismo, sino un complejo viviente nacido de su fusión y constituyendo una nueva religión: nueva, y sin embargo, tan cerca de los antiguos fondos de creencias, de ritos y de recetas que en la noche de los tiempos habían precedido a las "tres religiones".

Así termina este ensayo de conmemoración de una obra tan amplia y tan diversa que nos ha hecho recorrer, como les prevenía, casi todos los registros de la sinología. Pero la literatura propiamente dicha no atrajo la atención de Maspero. Las bellas letras chinas no le seducían mucho; había rechazado el perfeccionamiento de una retórica que transfigura la lengua hasta los límites de la artificialidad. Dejando un cuadro tan nuevo que incluso este gran tema es hasta ahora había quedado sometido en el Oeste, a una especie de ostracismo que se explica, si no se justifica, por la extrema dificultad de los textos, muy dispares en la aparente uniformidad de la lengua y por la ingratitud de las traducciones, será necesario por tanto que nos comprometamos en este espinoso camino. Maspero no era un filósofo, pero a él le debemos el estudio más detallado que tenemos sobre la lógica de China. Preparó también una historia del arte, donde el rigor de su crítica se encuentra en una situación especialmente saludable, una historia de las instituciones, a punto de terminar, mientras que otros trabajos en curso, notas y números de registros esperaban su regreso.

¡Ay! Este espíritu de tal temple había mantenido un prolongado esfuerzo de lucha con toda una civilización. Se había entregado a lecturas inmensas, como ningún europeo jamás había emprendido. ¡Cuántas noches sin dormir hasta después del amanecer! No se trata de una bendición, ya que tampoco tenía indulgencia para sí mismo. Por otra parte, nunca esquivaba un deber social ni ninguna de sus obligaciones en su situación académica. Había tratado mucho a Confucio por desconocer la sabiduría de los ritos, y había estudiado a los taoístas, como dijo Tchouang Tseu "para vivir oculto debemos empezar por no escondernos." Prodigaba su tiempo con sus alumnos, con sus colegas, con amigos de Occidente y Oriente. Poseía una energía rebelde y el



demonio de la investigación, que le hizo olvidar citas cuando su curiosidad científica se encontraba en movimiento, habiendo siempre mantenido su robusta constitución, ya que se había sometido a un duro régimen. Sin embargo, se mantuvo sujeto a una recurrente fiebre maligna, previamente cogida en el bosque Annamita, y los acontecimientos de principios de esta guerra le habían impresionado profundamente como patriota. También se trataba de un hombre, desgastado por una obra de excesiva intensidad, que los alemanes arrojaron a la cárcel y arrastraron a Buchenwald. Sufrió tratamientos que vencieron su resistencia, no su fuerza moral, sino las condiciones físicas que le habían abandonado en una vida dedicada a la ciencia. Si Henri Maspero murió por Francia, murió también en el servicio de la ciencia.

Precedido por la muerte prematura de Marcel Granet, seguido a seis meses de distancia, de la muerte de Paul Pelliot, la muerte de Henri Maspero deja en la sinología occidental un vacío irreparable. Yo creo ser fiel a la memoria de estos tres científicos, víctimas directas o indirectas de la tragedia de nuestro tiempo, haciendo homenaje aquí de su maestro común, Édouard Chavannes, del que yo mismo he tenido el privilegio de ser todavía un estudiante, y en cuyo nombre deseo asociar a Sylvain Levi, el gran indianista que se convirtió en sinólogo y al que le debemos tanto.

Por lo tanto se ha extinguido una doble generación que ha demostrado claramente, en una disciplina que hace apelación al espíritu de aventura y descubrimiento, toda la vitalidad de la ciencia francesa contemporánea. Gracias a estos trabajadores, y a través de sus predecesores, es como Francia ha vuelto en Europa a encabezar los estudios chinos, a ella le incumbe, en los intercambios culturales, el hecho de representar a Europa cara a cara con China. Maspero lo sabía bien, por lo que no perdió la oportunidad de referirse, para hacernos penetrar en el pasado de China, a las analogías extraídas de la civilización mediterránea que hemos heredado: él obedecía al deseo francés de traer de nuevo la Civilización china a denominadores comunes para integrarse en el conjunto del humanismo universal.

¿Ha llegado el momento de poner fin a este tipo de trabajos? Este humanismo, ante los acontecimientos que perturban el universo es una necesidad. La audiencia actual es debida a los que habían presentado la lucha y cuya mirada se había proyectado a la lejanía: Mal despierto de un cataclismo que se dejaba por tanto prever, a medida que avanzamos en un mundo hasta tal punto trabajado que todo parece nuevo. Pero el tiempo no está abolido; se afronta después de la tormenta, en la encrucijada de caminos,



las naciones están arrastrando con ellos el bagaje de las tradiciones. ¿dónde, pues, podría China extraer la fuerza de resistir sin armas al diluvio de bombas y de la propaganda enemiga, salvo en la tradición confuciana que le había enseñado la supremacía de una moral libre? Hundidos en las ruinas en ambos extremos del viejo continente, Europa y China siguen siendo los custodios de un pasado que la humanidad no podría renegar sin peligro. Más de un problema les cerca: más de una dificultad les es común. Es de desear que en su situación haya al menos una oportunidad para un contacto más estrecho, y que Francia siga teniendo para Europa, en lo que respecta a China, el testimonio de su ciencia y su experiencia.

Estas son las reflexiones que me he envalentonado a hacer, indigno como yo me siento, de la grave responsabilidad de velar en esta cátedra el relevo de los estudios chinos. Me sentí alentado por el maestro que lloramos, Paul Pelliot, este filólogo cuya erudición se había extendido a todas las ramas del orientalismo, pero que había partido de la sinología y no ha cesado de reservar para China, fuera de su influencia, en la historia de sus religiones, de sus artes y sus libros, un lugar destacado en su obra inmensa. He creído entender también la voz de Henri Maspero, a la vez bondadoso y estricto. El futuro es oscuro, la herencia es pesada: no me fallan las fuerzas y contribuiré a mantener, en la medida de mis fuerzas, y a transmitir la llama que ellos han llevado tan alto.